



Defensor de los derechos humanos

Homenaje a
Raoul Wallenberg



NACIONES UNIDAS



NACIONES UNIDAS
DERECHOS HUMANOS
OFICINA DEL ALTO COMISIONADO

América del Sur
Oficina Regional



EMBAJADA DE SUECIA

Santiago de Chile



שגרירות ישראל
EMBAJADA DE ISRAEL

CEPAL

Defensor de los derechos humanos

Homenaje a
Raoul Wallenberg



Alicia Bárcena

Secretaría Ejecutiva

Antonio Prado

Secretario Ejecutivo Adjunto

Ricardo Pérez

Director de la División
de Documentos y Publicaciones

Discursos pronunciados en el homenaje a Raoul Wallenberg, celebrado el 12 de noviembre de 2012 en la sede de la CEPAL.

Publicación de las Naciones Unidas

LC/L.3597 • 2013-45

© Naciones Unidas, marzo de 2013. Todos los derechos reservados.

Impreso en Naciones Unidas, Santiago de Chile.

La autorización para reproducir total o parcialmente esta obra debe solicitarse al Secretario de la Junta de Publicaciones, Sede de las Naciones Unidas, Nueva York, N.Y. 10017, Estados Unidos. Los Estados miembros y sus instituciones gubernamentales pueden reproducir esta obra sin autorización previa. Solo se les solicita que mencionen la fuente e informen a las Naciones Unidas de tal reproducción.

Índice

Prólogo	5
Historia	7
Alicia Bárcena • Secretaria Ejecutiva de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)	9
Eva Zetterberg • Embajadora de Suecia en Chile	15
David Dadonn • Embajador de Israel en Chile	19
Amerigo Incalcaterra • Representante Regional para América del Sur del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos	23
Elie Alevy • Sobreviviente del Holocausto	27

Recorrer la efímera vida y la portentosa obra de Raoul Wallenberg es un ejercicio estremecedor. Su figura emerge como evidencia concreta de las potencialidades que anidan en cada uno de nosotros. Demuestra que un hombre o una mujer común puede, al contemplar el abuso, la crueldad y el terror, renunciar a ser simple testigo; puede decir basta y actuar en consecuencia.

No hubo en la biografía de Wallenberg los rastros reconocibles de aquellos que públicamente aspiran a gloria o reconocimiento. Su vida no fue la ruta predecible del héroe. Fue un hombre normal, enfrentado a circunstancias extraordinarias. Y allí radica su mérito y la potencia de su ejemplo. Cuando debió tomar decisiones, sacrificó la plácida tranquilidad del comerciante por la dudosa oportunidad de salvar a miles de personas.

Wallenberg emerge como expresión concreta de humanismo. Orgullo de Suecia, y del mundo, el epílogo incierto de sus días, brutal e inmerecido, termina por inscribir su nombre en la leyenda y conmueve por su simbolismo. Él, que libró a tantos de la muerte segura, que escamoteó miles de víctimas a los verdugos del totalitarismo racista, sucumbió a su vez en las manos de nuevos verdugos.

La extraordinaria labor de rescate protagonizada por el diplomático sueco Raoul Wallenberg durante la Segunda Guerra Mundial es bien conocida en todo el mundo. Sus esfuerzos por salvar judíos húngaros de los horrores del Holocausto nazi son realmente asombrosos y únicos.

Hay diferentes estimaciones del número de judíos que Raoul Wallenberg salvó. Algunos dicen que 30.000; otros calculan que alrededor de 100.000 personas fueron salvadas directa o indirectamente por Wallenberg. Trágicamente, Wallenberg no regresó nunca más a Suecia.

Temprano en la mañana del 17 de enero de 1945, Raoul Wallenberg visitó un hospital y dijo: “Estoy feliz porque mi misión no ha sido en vano.” Poco después fue capturado por las tropas soviéticas. La Unión Soviética declaró más tarde que murió en 1947 de un ataque al corazón. Algunos testimonios indican, sin embargo, que Raoul Wallenberg vivió durante muchos años más en algún lugar en una prisión rusa.

¿Quién era Raoul Wallenberg?

Nació en Kappsta (Suecia), el 4 de agosto de 1912. Su abuelo, Gustaf Wallenberg, fue quien se encargó de que Raoul recibiera una buena educación internacional.

Viajó a los Estados Unidos en 1931 para estudiar arquitectura. Se graduó con honores en 1935 y su abuelo lo envió a realizar una práctica en Ciudad del Cabo (Sudáfrica). Después de seis meses en esa ciudad, le consiguió un trabajo en un banco holandés en Haifa (actualmente

Israel). Fue allí donde Raoul conoció por primera vez a judíos que habían escapado de la Alemania de Hitler. Sus historias de la persecución nazi le afectaron profundamente. Nueve años después Wallenberg estaría salvando a personas judías del Holocausto en Budapest.

Llegó a esa ciudad el 9 de julio de 1944. Su primera tarea fue diseñar un “pase de protección” sueco para rescatar a los judíos. Sin embargo, para alcanzar su objetivo, Raoul utilizó todo tipo de medios dentro y fuera de la diplomacia tradicional —desde sobornos hasta amenazas de extorsión— y sus métodos resultaron ser muy eficientes.

Raoul sabía por experiencia que los sellos y firmas aparentemente oficiales impresionaban a las autoridades húngaras y alemanas. Imprimió entonces los pases en amarillo y azul, con el escudo de las tres coronas de Suecia y luego añadió los sellos y firmas correspondientes. Los pases de protección de Raoul no tenían valor alguno según el derecho internacional. Sin embargo, en la práctica funcionaban y dieron protección a los judíos húngaros.

En un principio, Raoul solo tenía permiso para emitir 1.500 pases de este tipo. No obstante, a través de falsas amenazas al Ministerio de Relaciones Exteriores de Hungría, logró elevar la cuota a 4.500 pases. En realidad, Raoul logró emitir más del triple.

Más tarde comenzó a establecer “casas suecas”, donde los judíos podían buscar refugio. Banderas suecas colgaban en las puertas de unas 30 casas que Raoul declaró como territorio sueco. La población de estas casas pronto se elevó a 15.000 personas.

En total, 120.000 judíos sobrevivieron el exterminio nazi en Hungría. Wallenberg y sus colegas de las misiones diplomáticas de Suecia y Suiza deben ser honrados por haber salvado a la gran mayoría de ellos.

Alicia Bárcena

Secretaria Ejecutiva de la Comisión Económica para
América Latina y el Caribe (CEPAL)

Rodeado de otros miles de árboles, en el Monte del Recuerdo en Jerusalén, crece un pequeño algarrobo. Se destaca por la modestia de sus ramas, por su juventud y porte, que contrasta con la envergadura de otros similares que lo flanquean.

A sus pies reposa una placa que conmemora a Raoul Wallenberg, que reconoce su merecida presencia en la Avenida de los Justos entre las Naciones, en el corazón de Yad Vashem (el memorial del holocausto).

Ese árbol es más pequeño, más joven, porque por décadas esperó que fuese el propio Raoul Wallenberg quien lo plantara. Por largo tiempo se avivó la esperanza de que sus captores le liberaran, que la incertidumbre de su destino diera paso a su regreso, que él mismo, en vida pudiera escuchar en su homenaje recitar desde el Talmud:

“Hamatzil nefesh ahat, ke’ealu hetzil olam ma’leh”

(Aquel que salva una sola vida, salva al universo entero)

Raoul Wallenberg no regresó. Pero su testimonio de valor y sacrificio ha plantado millones de semillas en la conciencia de nuestro mundo.

Este año 2012 se celebra en todo el mundo el centenario de su nacimiento, el de aquel joven diplomático sueco que salvó a decenas de miles de judíos en Budapest en 1944.

Hoy nos reunimos aquí en Santiago para mostrar nuestro respeto y rendir homenaje a un hombre valiente, a un líder que pese a la brutal desproporción de medios tuvo el coraje de ayudar a quienes sufrían.

Raoul Wallenberg, al igual que Dag Hammarskjöld, fueron ciudadanos de Suecia, que es actualmente una de las naciones más generosas en la cooperación para el desarrollo y en asistencia humanitaria. Ambos personajes representan los ideales humanistas de una sociedad solidaria, abierta e igualitaria, que ofrece a los suyos una de las mejores calidades de vida del mundo y que no cesa en su esfuerzo por que esas condiciones alcancen al resto de los pueblos.

Raoul Wallenberg nació en el seno de una poderosa familia. Tras el servicio militar, estudió arquitectura en la Universidad de Michigan, trabajó en los negocios de la familia en Sudáfrica y en un banco en Haifa. Allí tuvo contacto con muchos judíos que habían escapado de la Alemania de Hitler.

De regreso en Suecia en 1936, se asoció con un judío húngaro en actividades comerciales, por lo que viajó intensamente por la Francia ocupada, Hungría y Alemania.

Sus biógrafos lo describen como un hábil negociador, con gran capacidad organizativa, políglota, dueño de una personalidad cautivadora y que, al mismo tiempo, imponía respeto.

A comienzos de 1944 el mundo tomaba conciencia de lo que significaba “la solución final del problema judío” y los campos de concentración nazi.

Hungría tenía 700.000 ciudadanos judíos. Tras la ocupación de las tropas alemanas en marzo de ese año, Adolf Eichmann organizó su deportación en trenes de carga a los campos de concentración en Polonia. En dos meses deportó a más de 400.000 hombres, mujeres y niños.

Ese mismo año en los Estados Unidos se estableció el Consejo de Refugiados de Guerra, para rescatar judíos de la persecución nazi. Entre sus integrantes estaba el socio comercial de Wallenberg, quien sugirió que él encabezara la acción de rescate en Hungría, ya que conocía bien el país y tenía una red de contactos.

Suecia, que trabajaba activamente en esta misma misión, lo nombró Primer Secretario de su legación diplomática en Budapest. Cuando Wallenberg llegó a la ciudad, en julio de 1944, quedaban 200.000 judíos.

Wallenberg era un hombre con una misión. Empleó múltiples y diferentes estrategias, abandonando con rapidez aquellas que no lo llevaban a salvar vidas humanas, improvisando sin fin. Contrató a cientos de judíos como sus “asistentes”, dándoles también un cierto grado de inmunidad. Más importante aún, diseñó unos pasaportes que hacían ciudadanos suecos instantáneos a los judíos y, al comprobar su efectividad, los repartió por miles. Otras legaciones diplomáticas hicieron lo mismo.

Era una lucha sin descanso, la situación era cada día más desesperada.

A comienzos de enero de 1945, Wallenberg se enteró de que el jefe nazi ordenaría la masacre de los judíos que aún quedaban en Budapest. Apeló a la única autoridad que podía detenerlo: el comandante de las tropas alemanas en Hungría. Le hizo ver al general que sería considerado responsable por la masacre y colgado como criminal de guerra al finalizar el conflicto. El exterminio masivo fue detenido a último momento.

Dos días después llegaron los rusos y encontraron 97.000 judíos vivos en los dos ghettos de Budapest.

¿Cuál es el legado de este héroe de la Segunda Guerra Mundial, que no combatió con las armas porque su país era neutral, que se desempeñó en territorio enemigo usando solo su profundo conocimiento de sus adversarios, su coraje, su carisma?

Para el mundo Raoul Wallenberg es un emblema del humanitarismo. Se le admira como un símbolo de la tolerancia, del valor, del ingenio y la imaginación para superar situaciones imposibles, un maestro de la diplomacia, la organización y el encanto. Es respetado como el líder que inspiró a otras personas a colaborar, aun exponiendo sus vidas.

Su hazaña nos hace reflexionar sobre lo que motiva a algunos a arriesgar todo por salvar a otros en peligro.

Raoul Wallenberg es testigo de que las masacres en masa pueden detenerse.

Aún hoy Wallenberg sigue siendo un ejemplo inspirador.

A nosotros en la CEPAL la gesta de Wallenberg nos impulsa a redoblar las energías para superar la desigualdad que lastra a América Latina y el Caribe, impidiendo su desarrollo y el bienestar de amplias capas de su ciudadanía. Los derechos humanos son políticos, sin duda, pero también económicos, sociales y culturales. Los derechos humanos

son universales, indivisibles e interdependientes y son exigibles. En la CEPAL hemos incorporado el enfoque de derechos humanos en las políticas públicas y especialmente la igualdad.

Para nosotros hablar de igualdad implica hablar de titularidad de derechos. Implica que se difunda a lo largo de la estructura productiva y el tejido social, el desarrollo de capacidades, el progreso técnico, las oportunidades laborales plenas y el acceso universal a la salud, a la educación y a la protección social, con una mirada transversal en cuanto a equidad étnica, racial y de género.

Raoul Wallenberg vive en la memoria de muchos por su tarea humanitaria. También por su desaparición el 17 de enero de 1945, detenido por fuerzas soviéticas en Budapest, sospechoso de espionaje. Tenía 31 años. Sus propios derechos humanos fueron violados. Antes de desaparecer escribió: "Soy feliz, mi tarea no ha sido en vano".

Hasta el año 2000 su paradero fue un misterio. Recién ese año la Federación de Rusia reconoció que había sido detenido y encarcelado "hasta su muerte". La familia solo ha recibido algunos efectos personales, su cadáver no ha sido devuelto, ni siquiera su certificado de defunción.

La dramática historia de su desaparición llevó a su familia, particularmente a su madre, a una búsqueda incansable por más de medio siglo, que cobró un alto precio para sus padres y hermanos.

Los ecos de este dolor saben a conocido en nuestras tierras. Durante las dictaduras vividas en América Latina el siglo pasado conocimos en carne propia las muertes, desapariciones, torturas de muchos y muchas, dramáticas violaciones de los derechos humanos.

En la CEPAL sufrimos en 1976 el asesinato de dos de nuestros funcionarios, Fernando Olivares y Carmelo Soria, que desaparecieron a manos de los agentes secretos de la dictadura de la época. El cuerpo de Fernando tardó 15 años en aparecer. A Carmelo Soria los agentes de la Dirección de Inteligencia Nacional lo ejecutaron, simulando un accidente de tránsito y levantaron un cobarde manto de dudas sobre su honorabilidad. Solo después de 31 años, en noviembre de 2007, aquí en la CEPAL, se levantó una placa, donada por el Gobierno de Chile en homenaje y memoria de Carmelo Soria.

Hoy hemos recordado la vida y obra de Raoul Wallenberg. Retomo unas palabras de Jan Eliasson:

“Era un hombre común y corriente que mostró que la acción es posible y necesaria. No siempre tenemos que estar preparados o tener todas las de ganar para hacer lo que está bien. Su ejemplo nos demuestra que todos podemos crecer cuando la ocasión lo amerita, y nos debe inspirar a hacer esfuerzos sobrehumanos”.

Quisiera concluir estas palabras invocando, en homenaje a Raoul Wallenberg, y a los tantos indispensables héroes como él, las coplas de otro humanista universal, el trovador francés Georges Brassens:

...Para ti es esta canción,
tú, extranjero que, sin más,
me sonreíste tristemente
cuando los gendarmes me detuvieron.
Tú, que no aplaudiste cuando
los aldeanos y las aldeanas,
toda la gente “de bien”
reían al ver cómo me llevaban.
No era más que un poco de miel
pero calentó mi corazón
y en mi alma aún arde
como si fuera un gran sol.

Tú, extranjero, cuando mueras,
cuando el enterrador te lleve
que te conduzca a través de los cielos
hasta el Padre Eterno.

Muchas gracias.

Eva Zetterberg

Embajadora de Suecia en Chile

Hoy es un día que hemos dedicado a la memoria de Raoul Wallenberg. Y lo hacemos juntos, como han podido darse cuenta, con las Naciones Unidas, la Embajada de Israel y la comunidad judía.

También es un día muy especial para los derechos humanos en el mundo y para los países comprometidos con la defensa y promoción de los derechos humanos, porque justamente hoy, tal vez en este minuto, se hace la votación en Ginebra para elegir a los miembros del Consejo de Derechos Humanos. Suecia es un candidato firme, pero hay otros países con los que competimos que también mantienen un compromiso decisivo con los derechos humanos.

El compromiso de Suecia con los derechos humanos no depende del color político del gobierno; es del Estado y del pueblo. El Ministro de Asuntos Exteriores de Suecia, Carl Bildt, explicó este año en la Asamblea General de las Naciones Unidas que los derechos humanos están en el centro de la política exterior sueca.

Suecia ha tenido héroes mundialmente reconocidos. Podemos mencionar por ejemplo a Dag Hammarskjöld, el segundo Secretario General de las Naciones Unidas, que murió en servicio por la paz en el año 1961 y a quien conmemoramos cada vez que pasamos por la avenida que lleva su nombre. Otra personalidad destacable es la de Harald Edelstam, que rescató muchas vidas chilenas después del golpe militar de 1973. El próximo año conmemoraremos el centenario de su nacimiento.

Seguramente ustedes se preguntarán sobre la relevancia de Raoul Wallenberg, una persona que nació hace 100 años y que trabajó en un contexto que esperamos que nunca más se repita en el futuro de la humanidad: el exterminio del pueblo judío. Sin embargo, sabemos que se han presentado otras situaciones también terribles en la historia reciente, como el genocidio en Ruanda en los años noventa y, en la actualidad, en Siria, contra prácticamente todo el pueblo que está en desacuerdo con el régimen. No obstante, creo que el ejemplo de Raoul Wallenberg nos puede servir de inspiración.

Raoul Wallenberg habría cumplido 100 años el 4 de agosto de este año si aún viviera. Su familia ocupaba y ocupa una posición única en el mundo empresarial sueco, pero también cuenta con destacados representantes en la diplomacia.

Necesitamos hombres y mujeres comprometidos “de carne y hueso”, como Raoul Wallenberg. Él estaba lleno de energía y tenía grandes posibilidades en la vida. Había estudiado y vivido en los Estados Unidos, Sudáfrica, Palestina... Conocía el mundo. Lamentablemente nunca llegó a Chile, pero tenemos un hermoso monumento en Santiago que vamos a reinaugar en este día, gracias a la comunidad judía y a la comuna de Vitacura. Él no quería sacrificar su vida: le gustaban la buena comida, los vinos, las mujeres bellas y pasar tiempo con sus amigos, es decir... ¡amaba la vida! Sentía un amor profundo por su madre y su familia en Suecia. Les mandaba cartas tan informativas como cariñosas. Su madre nunca perdió la esperanza de volver a verlo, fue incansable y tuvo siempre preparada su pieza esperándolo...

El plan de Raoul Wallenberg era dedicarse a los negocios después de su misión en Budapest. Quería vivir plenamente. Sin embargo, no fue ese su destino, pues no cerró sus ojos a los sufrimientos de otros seres humanos en situaciones inhumanas. Poseía una formación y capacidades excepcionales y asumió esa responsabilidad. Es bueno ver que los héroes de la humanidad nacen como “personas normales” y con el tiempo o por una situación fuera de lo común pueden destacarse de lo cotidiano.

Su heroica acción se desarrolló al final de la Segunda Guerra Mundial, cuando en su misión diplomática en Budapest logró salvar la vida de miles de judíos.

Haciendo negocios con Hungría se dio cuenta de la situación de terror en que vivía la población judía. Cuando la cancillería sueca quiso enviar un diplomático a Budapest para ayudar a los judíos a escapar no dudó en aceptar la oferta.

Su partida a Budapest contó con el apoyo y los recursos económicos de una agencia gubernamental estadounidense, la US War Refugee Board, para comprar pasajes y casas y cubrir otros gastos. Su tarea principal en la Embajada era ofrecer pasaportes de protección a los judíos. El instrumento que usó fue un salvoconducto sueco con los colores azul y amarillo. Las armas del Reino de Suecia figuraban en el centro del documento, al que además se añadían distintos sellos y firmas. A fines del año 1944 muchos judíos se vieron forzados a dejar a Budapest en las denominadas “marchas de la muerte”, pero Wallenberg y sus colaboradores les dieron salvoconductos, alimentos y medicinas. Las distintas dependencias de la misión diplomática sueca funcionaban como escondites.

Al final de su misión trabajaban y residían cientos de personas en su oficina y en los hogares de protección que estableció.

El domingo 9 de julio del 1944, en su primer informe de Budapest a Estocolmo, escribió: “El sufrimiento aquí no tiene límites y hay que aliviarlo”. El último informe lo emitió el mismo día de su secuestro, el 17 de enero del año de 1945, y en él explicaba: “Soy feliz porque mi misión no ha sido en vano...”. A un amigo le dijo “he asumido esta tarea y no podría regresar a Estocolmo sin saber que he hecho todo lo humanamente posible para salvar a tantos judíos como pudiera. Para mí no hay otra opción”.

Ese mismo día partió a reunirse con los soviéticos, que habían ganado la guerra, para negociar y proponerles un plan de reconstrucción de Hungría. Ya tenía una visión sobre el trabajo de reconstrucción y de cómo levantar de nuevo el país que estaba totalmente en ruinas.

Sin embargo, despertó sospechas entre ellos y se lo llevaron a Moscú, a las cárceles en la Unión Soviética. Después de esa fecha no se sabe mucho. La última noticia sobre Raoul Wallenberg es del año 1947, cuando parece que otro prisionero lo habría visto. La familia, el Gobierno de Suecia, organizaciones suecas y de otros muchos países hicieron innumerables esfuerzos para liberarlo o conocer su destino. Tal vez el gobierno sueco a finales de los años cuarenta no actuó con la resolución necesaria. Y, sin duda, la Guerra Fría que dominó el mundo durante tantos años impuso limitaciones para un país neutral como Suecia. Después de su muerte ha sido ampliamente homenajeado, y no solo por las personas a las que él salvó. Es uno de los pocos extranjeros que ha sido distinguido con el nombramiento de ciudadano honorario de los Estados Unidos y de Israel. Constituye un ejemplo de una buena obra y del compromiso con los derechos humanos. Su trágico destino y el hecho de que nunca

se haya sabido exactamente lo que le pasó lo sitúan en la categoría de las personas míticas. Obviamente no actuaba solo, tenía instrucciones y era un funcionario diplomático de Suecia que contaba con todo el respaldo de su Gobierno, cuya política implementaba. Además, es importante destacar que Wallenberg trabajaba en un contexto internacional en que varias misiones diplomáticas colaboraban apoyadas tanto por el Gobierno de Suecia como por los de los Estados Unidos y otros países. El historiador Paul A. Levine enfatiza que los diplomáticos y colaboradores fueron numerosos y casi todos han quedado en el anonimato. Vale recordar, pues, que ha habido y hay tantos más...

¿Qué podemos aprender de su historia? Algunos ejemplos:

- El héroe no siempre busca el peligro o el martirio.
- Hay que buscar buenos colaboradores y encontrar buenos aliados.
- Seguir nuestras convicciones, a pesar de que nos causen una situación incómoda.
- La intolerancia, el racismo y el odio pueden despertar y mostrarse en muchas formas.
- Para promover la tolerancia y el respeto a todos los individuos hay que combatir la indiferencia.

Raoul Wallenberg es uno de estos héroes “de carne y hueso” cuya vida puede inspirarnos. Al mismo tiempo hay que subrayar que no queremos más héroes: queremos un mundo más justo y solidario. Sin embargo no hemos llegado a esta situación todavía y necesitamos los buenos ejemplos.

Wallenberg nos dice que “una persona puede hacer la diferencia”.

Un gran poeta sueco, Stig Dagerman, lo expresa con otras palabras en su poema “Un hermano más”:

Dikter, noveller, prosafragment, 1954

“Jorden kan Du inte göra om. Stilla din häftiga själ! Endast en sak kan Du göra: en annan människa väl.

Men detta är redan så mycket att själva stjärnorna ler. En hungrande människa mindre betyder en broder mer”.

“No puedes cambiar el mundo, apacigua tu alma impetuosa, solo puedes hacer una cosa: hacerle el bien a otro ser humano.

Pero es tanto que hasta las estrellas sonrían. Un hombre menos sin hambre significa un hermano más a salvo”.

Gracias.

David Dadonn

Embajador de Israel en Chile

Después de terminar estudios de arquitectura en los Estados Unidos, y sin haber trabajado en la profesión, Raoul Wallenberg llegó a Haifa en el verano de 1936 y permaneció allí seis meses, en el marco de los esfuerzos de su familia por prepararlo para la carrera de experto en comercio naval internacional.

Tenía entonces 24 años. En Haifa vivió en una modesta pensión que distribuía comida caliente a diario a judíos que habían huido de Alemania y de ellos oía Wallenberg sus relatos sobre las persecuciones del gobierno nazi. En el norte de Israel, en esa época ya vivían alrededor de 10.000 refugiados alemanes judíos.

A partir de 1943, el Gobierno de Suecia empezó a abrir sus fronteras a decenas de miles de refugiados, y la gente huía de Noruega, Finlandia, Estonia, Letonia, Polonia y otros países. Suecia hizo saber también públicamente, en ese momento, su disposición de recibir a los 7.000 judíos de Dinamarca.

Fue en esta época cuando Wallenberg dejó Suecia para iniciar su misión en Hungría, cuando en su país ya existía este ambiente de ayuda y de socorro. Llegó a Budapest en 1944, cuando los alemanes suspendieron las deportaciones de judíos, después de haber deportado ya a 430.000. Dicha suspensión se debió a la intervención del Rey Gustavo V, del presidente de la Cruz Roja Internacional en Suiza, del Papa y del Presidente Roosevelt, quien tuvo el argumento más disuasivo: el bombardeo a la estación central de ferrocarriles de Budapest.

Era obvio para todos que la suspensión de las deportaciones era provisoria y que Adolf Eichmann esperaba la primera oportunidad para deportar a los 230.000 judíos restantes de Budapest.

En ese momento, en Hungría se formó una red de diplomáticos extranjeros indignados por la brutalidad del comportamiento alemán y húngaro hacia los judíos, y ellos trabajaron juntos en la distribución de documentos y el establecimiento de casas de refugio junto a los organismos y movimientos juveniles judíos.

Entre estos diplomáticos, cabe destacar a Carl Lutz, Vicecónsul de Suiza que distribuyó miles de documentos y puso la bandera de su país sobre una multitud de refugios. Más tarde, cuando los rusos empezaron a bombardear Budapest, se negó a regresar a Suiza y se quedó, junto a su esposa, en los sótanos de los refugios con los judíos, para seguir protegiéndolos.

A su lado colaboraron Friedrich Born, representante del Comité Internacional de la Cruz Roja, el Nuncio Apostólico Angelo Rotta, quien distribuyó documentos falsos que recibió desde Estambul del Nuncio Angelo Giuseppe Roncalli (quien sería luego el Papa Juan XXIII). También colaboraron el Cónsul de El Salvador, George Mantello, y el Cónsul General de España, un italiano de nombre Giorgio Perlasca, quien salvó, por sí solo, a más de 5.000 judíos.

Wallenberg no era el único diplomático que ayudó a salvar judíos en Hungría, pero dio a todo este esfuerzo un fuerte impulso gracias a su personalidad y su energía. Ni la arquitectura ni el comercio marítimo lo entusiasmaron, y decidió dedicarse en cuerpo y alma a la salvación de personas.

En octubre de 1944, el partido fascista de la Cruz Flechada tomó el poder en Hungría y Eichmann reinició las “marchas de la muerte” desde Budapest hasta la frontera con Austria. Los preparativos realizados entre julio y octubre por la red de ayuda antes mencionada permitieron concretar la salvación de muchos. Las casas de refugio, los documentos, los miembros de movimientos juveniles sionistas, las banderas de Suiza, España, la Cruz Roja y, en particular, de Suecia, transformaron los refugios en un gueto internacional.

Wallenberg fue el alma viva de este esfuerzo, no descansaba nunca. Él y Carl Lutz perseguían en sus autos a las caravanas de gente que andaba a pie en el frío terrible de noviembre y diciembre y, poniendo su propia

vida en peligro, sacaban de las filas a numerosas personas a las cuales podían otorgar un documento bajo cualquier pretexto.

Wallenberg llegó a las orillas del río Danubio, donde los alemanes disparaban a los judíos y tiraban los cuerpos al agua, para salvarlos, sacándolos del agua y subiéndolos a sus autos.

Finalmente, cuando los alemanes estuvieron a punto de bombardear los dos guetos, el internacional y el que ellos mismos erigieron, con las 100.000 personas que los habitaban, la intervención de Wallenberg fue fundamental para impedirlo, como lo mencionó la señora Bárcena en sus palabras. Él logró llegar al general alemán responsable del bombardeo y lo convenció a último momento, recordándole que los soviéticos estaban muy cerca del lugar y que, si no efectuaba el bombardeo, podría salvarse en un juicio por crímenes de guerra.

Raoul Wallenberg sacrificó varios años de vida joven por gente que no conocía en absoluto, en nombre de principios humanitarios, y pagó un precio terrible por ello. El enigma de su destino aún no está resuelto. El señor Frenkel, destacado jurista aquí presente, tiene conocimiento del desarrollo de la investigación sobre su muerte. Wallenberg es uno de los héroes de nuestro tiempo.

Quiero, para terminar, como Embajador de Israel y como judío, expresar mi profundo aprecio a Alicia Bárcena, Secretaria Ejecutiva de la CEPAL, a Amerigo Incalcaterra, Representante Regional para América del Sur de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (ACNUDH), a la Excelentísima Embajadora de Suecia en Chile, Eva Zetterberg, a los miembros del cuerpo diplomático, en especial a la Embajadora de Palestina y los embajadores de países árabes aquí presentes, al Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile y su representante, Juan Pablo Crisóstomo, Director de la Dirección de Derechos Humanos, al señor Elie Alevy, sobreviviente de la Shoá y a todas las instituciones que permitieron la realización de esta conmemoración tan digna.

Amerigo Incalcaterra

Representante Regional para América del Sur del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos

Hoy nos reunimos para conmemorar los 100 años del nacimiento de un hombre que cambió la vida de miles de personas, un hombre que luchó por la libertad y dignidad de un pueblo perseguido por el odio.

Hoy rendimos homenaje a Raoul Wallenberg, uno de los héroes más destacados de la Segunda Guerra Mundial; un hombre que arriesgó su vida por la defensa de los derechos humanos y salvó de la muerte a miles de personas en los campos de concentración y exterminio de la Alemania nazi.

Desde joven, Wallenberg se destacó por sus capacidades intelectuales, su profunda curiosidad y su dominio de varios idiomas. Además, se interesó por viajar y conocer diferentes realidades, lo que lo llevó muy joven a vivir en los Estados Unidos, Sudáfrica y Haifa (actualmente Israel).

Este último lugar será determinante en su historia, pues allí conoce el testimonio de miles de judíos que huyeron de la Alemania nacionalsocialista. La persecución que sufren estas personas afecta profundamente a Wallenberg y le genera la necesidad de ayudar a los demás.

De regreso a Suecia, los constantes viajes de trabajo por Europa le permiten entender cómo funciona la administración nazi. De este modo, y debido a su conocimiento del tema, Raoul Wallenberg es nombrado Secretario Principal de la Misión Sueca en rescate de judíos en Hungría.

En 1944 llega a Budapest. Allí, Wallenberg se dedica a la defensa de los derechos humanos en diferentes formas: negociando y persuadiendo a generales alemanes, distribuyendo pasaportes de seguridad, comida y medicinas; incluso detuvo un tren con cientos de prisioneros camino a un campo de concentración.

También creó las llamadas “casas suecas”, donde 15.000 judíos encontraron refugio. Quienes trabajaron con él señalan que su talento le resultó de gran ayuda a la hora de enfrentar a los personeros del nazismo.

En 1945, la Unión Soviética invade Hungría con el objetivo de liberar al país del dominio nazi. Wallenberg se dirige a la sede militar soviética para coordinar medidas humanitarias en ayuda de los sobrevivientes, pero allí es detenido por los soviéticos y llevado a Moscú. Hasta ese día, Raoul Wallenberg luchó incansablemente por la libertad y los derechos humanos.

Aún existe controversia en torno a las causas de su muerte. Sus familiares, amigos y múltiples seguidores a nivel mundial no saben con certeza dónde se encuentran sus restos, y no pueden rendirle el homenaje que merece en la tierra que lo vio nacer. Sin embargo, lo que hoy debe concitar nuestra atención es su vida y su gran obra.

Wallenberg se enfrentó a una de las peores tiranías de la historia en aras de los valores que él profesaba: la libertad de pensamiento y de credo. Ciento veinte mil judíos sobrevivieron gracias a la labor de la delegación sueca en Hungría, y esto en gran parte se lo debemos a Raoul Wallenberg. Esta persona excepcional evitó verdaderas masacres mediante intervenciones cargadas de coraje y valentía.

Reconocemos en la figura de Raoul Wallenberg a un defensor de los derechos humanos por antonomasia. Sin duda, su vida inspiró a quienes redactaron la Declaración sobre los Defensores de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, aprobada por la Asamblea General en 1998. Esta declaración define que un defensor es quien se esfuerza en promover o proteger los derechos humanos, sea individualmente o junto a otras personas.

No cabe duda de que Wallenberg fue un hombre que lo sacrificó todo para dar a miles de personas una nueva oportunidad de vivir en libertad y por ello debemos contribuir a crear una conciencia pública sobre su rol como defensor de los derechos humanos, como ya lo hacen diversas organizaciones creadas para perpetuar su legado y luchar

contra flagelos como la xenofobia, la violencia y las persecuciones políticoreligiosas.

Pero en este punto es importante destacar que todos somos potenciales defensores de los derechos humanos. Según la Declaración de las Naciones Unidas que ya mencioné, somos defensores y defensoras de los derechos humanos con el solo hecho de actuar en favor de los derechos de alguna persona, ya sea a nivel internacional como Wallenberg, o también en nuestra vida cotidiana. Esto permite que cada día tengamos la oportunidad de generar un cambio positivo.

Los defensores de los derechos humanos actúan en todo el mundo, tanto en Estados que enfrentan grandes conflictos como en las democracias más desarrolladas. Como señaló recientemente nuestra Alta Comisionada para los Derechos Humanos Navi Pillay, “sin estas personas valientes, todos nosotros corremos el riesgo de que nuestros derechos se erosionen”. A imagen de Wallenberg, debemos aplicar sus enseñanzas en nuestro entorno más inmediato pues su legado es transversal, lleno de significado para toda la humanidad y aún plenamente vigente.

Por ello, aprovecho esta ocasión para invitarlos a honrar el testimonio de Raoul Wallenberg, asumiendo nuestro rol de defensores y defensoras de los derechos humanos y siguiendo su ejemplo, pues en una de las épocas más oscuras de Europa, fue capaz de alzar la voz y hacer de la justicia, la igualdad y los derechos humanos el eje articulador de sus acciones.

Homenajear a una figura como la de Wallenberg nos permite recordar que debemos luchar por la paz y por la protección de los derechos fundamentales de todas y todos desde una perspectiva amplia e inclusiva, que respete y admire la diferencia.

Y si bien reconocemos que a 100 años del nacimiento de Raoul Wallenberg se han producido avances notables en este sentido, todavía en muchos rincones del mundo tenemos dificultades para escucharnos y convivir de forma armónica. Uno de los grandes desafíos que enfrentamos en América Latina, por ejemplo, es el respeto por la diversidad cultural y de pensamiento.

Como Representante de la Oficina Regional para América del Sur del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos, puedo decir que nuestra organización también tiene el reto de implementar

estos valores en nuestros países de cobertura, los mismos que movieron a Wallenberg y que lo acompañaron durante su trayectoria.

Sin embargo, y a pesar de los esfuerzos realizados en torno a esta temática, es claro que queda mucho trabajo por hacer. América Latina está compuesta por sociedades muy diversas y segregadas, tanto en lo económico como en lo cultural. A raíz de ello, muchas veces enfrentamos situaciones que impiden el goce pleno de los derechos humanos por parte de todas las personas.

Los derechos humanos permiten generar puentes de acercamientos y entendimiento entre las diferentes personas. Innumerables conflictos armados se han evitado por medio de la palabra y de los argumentos de la razón antes que por la fuerza.

Me gustaría finalizar mi intervención con unas palabras de quien hoy es nuestro homenajeado. “No tengo otra opción. He aceptado esta tarea y nunca podría regresar a Estocolmo sin saber que he hecho todo lo humanamente posible para salvar la mayor cantidad de judíos”, dijo Raoul Wallenberg a Per Anger, embajador sueco en Budapest durante la Segunda Guerra Mundial.

Intentemos que esa misma pasión y ese mismo coraje alimenten nuestro trabajo de cada día.

Muchas gracias.

Muy merecido el homenaje al diplomático sueco Raoul Wallenberg.

No cabe duda: él fue uno de los pocos hombres buenos y justos de la cruel y deshumanizada Segunda Guerra Mundial, en la que muchos millones de seres humanos sufrieron lo indecible y murieron en las peores condiciones. Entre ellos, seis millones de correligionarios judíos.

Por este motivo, la Embajada de Israel me pidió que diera mi testimonio, como sobreviviente del Holocausto y como víctima de los infernales campos de exterminio de Auschwitz-Birkenau, donde murieron también todos los miembros de mi familia.

Durante los 20 primeros años desde mi liberación, no pude hablar del tema. La intensidad de las emociones no me permitía poner en palabras el sufrimiento y los horrores vividos.

Por otro lado, tampoco creía que fuera posible que alguien creyera que una nación de gran cultura, como era Alemania en esa época, hubiera permitido que el partido nazi ideara y ejecutara este genocidio.

Pero es cierto, en dictadura se pierden todas las libertades y, sobre todo, la de expresión y protesta. Por este motivo, yo perdoné al pueblo alemán y no guardo rencor ni resentimiento.

Sin embargo, este brutal, cruel e inhumano genocidio no debiera ni podrá olvidarse jamás, para que nunca, nunca más vuelva a repetirse.

Increíblemente, esto sucedió en pleno siglo XX y no en la Edad de Piedra.

No me extenderé mucho más sobre el Holocausto. Todos han leído y visto películas y videos en los que tratan de describir el infierno de los campos de exterminio nazis.

Sin embargo, créanme, quedan cortos, no se puede expresar en palabras e imágenes la minuciosa organización que se usó para lograr exterminar tanta gente en tan poco tiempo.

Ahora les contaré, brevemente, lo que pasó en Tesalónica (Grecia), mi ciudad natal, donde 50.000 judíos griegos vivíamos una vida apacible y tranquila.

Yo tenía 14 años cuando las tropas nazis invadieron Grecia en 1941. Una semana después de la invasión, se instaló la Gestapo e inició sin demora la persecución a la población de religión judía.

Empezaron enviando a trabajos forzados a muchos jóvenes de 21 a 45 años. No se sabe dónde perecieron.

Después, nos obligaron a llevar la estrella de David en las solapas de nuestra vestimenta y también a poner la estrella en las vitrinas de los negocios con la inscripción: "Negocio judío; evite comprar".

Luego, nos encerraron en pequeños guetos, apiñando a cuatro familias por departamento.

Dentro del gueto, nos impusieron terribles restricciones: 500 calorías al día de comida por persona y, en servicios domiciliarios, dos horas de agua y luz al día.

Durante este período, murió mucha gente por inanición, enfermedades y falta total de medicamentos.

También, a cualquier hora del día, entraban en nuestros domicilios para robar y violar, aplicando tratos crueles y vejatorios.

Finalmente, en marzo de 1943, llegó el día fatídico de nuestra deportación.

De madrugada, a las cinco de la mañana, invadieron nuestro gueto de 2.500 personas. Nos obligaron a preparar en 20 minutos una pequeña maleta por persona. Recalcaban insistentemente: "Lleven solamente

los objetos de valor. No se preocupen, lo demás se les proporcionará gratuitamente en vuestro destino”.

¡Qué cruel ironía!

En filas de cinco personas nos dirigieron a pie a la estación de trenes; ahí nos esperaban los vagones de ganado. Apiñaron a 60 personas en cada vagón y, en el interior, encontramos dos barriles, uno con agua y otro vacío para los excrementos.

Lo que pasó durante los cinco días que duró el trayecto es indescriptible e inimaginable.

Fue terrible escuchar los gritos y llantos de los niños, los gemidos y quejidos de los ancianos y enfermos, y aguantar el olor nauseabundo del ambiente.

Cuando caíamos de cansancio y de sueño, dormíamos uno encima de otro por falta de espacio.

Este martirio fue inaguantable para los enfermos y bebés, y muchos de ellos murieron en el trayecto.

Todos los días por las mañanas, los guardias evacuaban los cadáveres.

A las cinco de la mañana del sexto día, unos potentes reflectores se encendieron iluminando los vagones, y las puertas se abrieron de par en par. Los guardias, acompañados de perros, subieron y nos tiraron fuera de los vagones. Amontonaron las maletas delante de cada vagón. Nunca más las volveríamos a ver.

Estando todos en tierra, empezó de inmediato la selección. Ancianos y niños en una fila. En las otras dos filas y separados, hombres y mujeres jóvenes y aptos para trabajar.

Los ancianos y niños fueron evacuados inmediatamente en camiones y llevados a las cámaras de gas y a los hornos crematorios. A las otras dos filas nos encaminaron a pie a los campos respectivos.

Dentro del campo, nos dirigieron a un barracón, donde nos desnudaron, desinfectaron, raparon y tatuaron un número en el brazo. A partir de este momento nos identificaban por el número. Yo era el 120.693.

Luego nos entregaron la ropa listada, un par de zuecos y dos trapos como calcetines.

De ahí, nos enviaron a los barracones asignados. A mí me tocó (solo) en un barracón donde quedaba una sola plaza vacía, cuyo ocupante había muerto el día anterior.

En Birkenau no se desperdiciaba ninguna plaza. Diariamente llegaban nuevos contingentes de deportados de todos los países ocupados.

En este barracón todos hablaban idiomas que yo no entendía. Yo solamente hablaba griego. Ninguna comunicación fue posible con los demás para saber sobre el resto de la familia. Finalmente, alguien se compadeció de mí, me llevó a la puerta y con el dedo me mostró el humo que salía de las chimeneas, queriéndome decir: "Ahí están tus padres".

Al día siguiente, en el trabajo me asignaron un capo, tan sanguinario como el jefe de mi barracón. Ellos tenían el poder sobre la vida o la muerte de cada uno de nosotros. El capo vigilaba nuestro trabajo en las canteras. Mi trabajo consistía en transportar piedras con carretilla para la construcción de caminos.

La alimentación en el campo era como para exterminarnos. Así, dejaban espacio para los nuevos contingentes. A las seis de la mañana nos daban un café de cebada, 200 gramos de pan duro y 12 gramos de margarina. En el almuerzo y la cena, una sopa de rábanos y cáscara de papas.

Los primeros dos días, no pude tragar mis raciones de comida. Mis compañeros de miseria, felices, me las arrebataban.

No voy a seguir con mi relato en Auschwitz-Birkenau, solo quise darles una pequeña muestra del infierno que fue aquello.

Después de cinco meses en Birkenau, aún con algo de fuerzas, tuve la suerte de ser trasladado al campo de trabajo del gueto de Varsovia, donde me asignaron a la cocina de los guardias.

Lavando las ollas, cuchareaba los restos de comida. Gracias a esto, pude alimentarme mejor durante los 11 meses siguientes y después aguantar la tristemente famosa "marcha de la muerte" entre Varsovia y Dachau.

El recorrido era de 1.200 kilómetros y de 30 días de duración. El alimento fue poquísimos y el agua casi nula. Hoy, aún, cuando bebo agua, recuerdo el calvario que significó la falta de líquido, tan vital para la vida.

En esta marcha murieron más de 1.800 compañeros del campo.

Unos meses después, fui liberado en Dachau por los estadounidenses, el 5 de mayo de 1945.

Ustedes se preguntarán cómo pude rehacer mi vida. Fue gracias a un pariente mayor que vivía en París, casado con una francesa que lo salvó de la deportación. Me invitaron a Francia, a integrarme a su familia, dándome afecto, cariño y apoyo económico para retomar mis estudios y graduarme en ingeniería, en la ciudad de Lyon.

Por todos los tremendos sufrimientos padecidos durante el Holocausto, se comprende mucho mejor lo que significó la labor de Raoul Wallenberg, quien, arriesgando constantemente su vida, salvó a miles de judíos húngaros del infierno y de la muerte.

Gracias por haberme escuchado.

En la presente publicación se recogen las intervenciones realizadas por diversas personalidades en el acto solemne celebrado el 12 de noviembre de 2012 en la sede de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), en conjunto con la Embajada de Israel y la Embajada de Suecia en Chile, con motivo del centenario del nacimiento de Raoul Wallenberg (1912-1947).

La extraordinaria labor humanitaria desplegada por este diplomático sueco durante la Segunda Guerra Mundial es bien conocida en todo el mundo. Sus esfuerzos por salvar judíos húngaros de los horrores del Holocausto nazi son realmente asombrosos y únicos. Él, que libró a tantos de la muerte segura, que escamoteó miles de víctimas a los verdugos del totalitarismo racista, sucumbió a su vez en las manos de nuevos verdugos. Con la perspectiva de los años, su figura emerge como expresión concreta de humanismo y como inspiración para las nuevas generaciones.